



El Puerto

Por: Cerno

Hacía mucho calor. Cemento hacia adelante, cemento a su izquierda y también a su derecha. Atrás, atrás también había cemento caliente.

Seguía a sus compañeras por un camino desconocido. Se dirigían a una nueva misión que les habían encomendado.

—Esto no está bien. —dijo nuestra pequeña hormiga.

—¿Qué no está bien? ¿Vos decís que no hay nada en este camino?

Nuestra amiga le explicó qué un lugar así no era adecuado para que vivieran hormigas. Allí hacía mucho calor. El piso aparte de ser duro, muy duro como para hacer un hormiguero, se ponía tan caliente con el sol, que le quemaba sus patitas.

—Y qué ideas son esas? ¿De dónde la sacaste? Me vas a decir que le crees a esa hormiga loca que repite a quien la escuche que hay un lugar lleno de hojas de todos los colores donde los caminos son de tierra. Ah sí, y cuando llueve se siente un olor tan rico que te transporta. Esa hormiga está loca o se droga. —le contestó en forma categórica su compañera.

Caminaron en silencio por más de una hora.

Cuando llegaron al lugar, las hormigas cortadoras estaban luchando para trozar una cáscara de naranja. Estaba tan seca que se había endurecido demasiado y no lograban cortarla.

Todas las que habían llegado antes no tenían que llevar y se quedaban dando vueltas cerca de las cortadoras, esperando que sus compañeras hagan el trabajo.

En poco tiempo formaron una gran mancha negra visible a mucha distancia. Sabían que eso era muy peligroso por lo que cada vez caminaban más rápido por los nervios, chocando unas con otras.

De pronto algo oscuro bajó del cielo en forma muy rápida aplastando a varias compañeras. Se escuchó muy claro cómo explotaron un par de cabezas entre los gritos de dolor de las que eran mutiladas contra el suelo.

Nuestra amiga corrió hasta una hendidura en el piso poniéndose a resguardo.

Temblaba de miedo. Los pedazos de las compañeras asesinadas comenzaron a cubrirla.

Sintió deseos de buscar a su amiga para gritarle “a vos esto te parece normal” pero no sabía si estaba viva.



Si los vigías daban la orden de retirada debía abandonar su refugio y volver al hormiguero. Cerró los ojos y rogó que no lo hicieran. "ahora no, ahora no".

Enseguida se escuchó una voz fuerte y muy ronca que dijo —¡Retirada!— Nuestra amiga estaba inmóvil. Por primera vez se aferró a la idea de que todo esto estaba mal. No iba a seguir instrucciones de hormigas estúpidas e ignorantes. Se quedó quieta escuchando más gritos de muerte de todas las compañeras que habían emprendido la vuelta.

Después de un largo tiempo, cuando ya no había ningún sonido ni luz decidió salir.

Trepó entre los cadáveres y salió al camino que ahora estaba frío. Frío y cubierto de muerte. Respiró profundo. Pensó en ese mundo lleno de hojas verdes y rojas y comenzó a caminar confiada en su decisión. Nuestra amiga estaba en el puerto, muy lejos de cualquier parque o jardín. Lejos de esa tierra soñada.

Escuchó un estruendo delante suyo. Nuestra pequeña compañera nunca había visto un camión. Pensó en lo hermoso que debía ser oler la tierra cuando llueve y se sujetó con fuerza al sueño. Continuó caminando hasta que la aplastó la rueda del pesado vehículo que transportaba contenedores.

Vio su cuerpo aplanado pero no sintió dolor. Sabía que moriría pronto y dijo con la voz más fuerte que pudo. —Este no es un lugar para que viva una hormiga.

